



LA REVOLUCION RUSA

Algunas consideraciones a propósito del 10º aniversario

Dentro de pocos días, la Rusia soviética, y con ella el proletariado del orbe, ha de celebrar con justo título la primera década de su revolución triunfante.

La importancia de la revolución rusa es tan inmensa que excede a toda ponderación. Pensadores de las más opuestas corrientes de ideas han estado contestes en señalarla como el acontecimiento más importante de nuestra época. Hasta sus enemigos más implacables — que pretenden hacerla aparecer como un peligro para la civilización mundial — la reconocen una trágica grandeza. Y es realmente tan extraordinaria su magnitud, que si no le hubiera podido invocar hasta para justificar el capitalismo y la guerra que, aunque involuntariamente, aparecen como sus prolegomenos, sin la guerra europea, la revolución no habría podido triunfar, y por consecuencia — su triunfo — en ella, esto es, en la guerra, se produjo el hecho que los zares estarían aún dominando. Y, por este camino, se pretende santificar la última gran guerra con sus estragos y sus innumeras víctimas.

Aun cuando no es éste el momento de tratar este asunto, nos apresuramos a manifestar que la revolución no es hija de la guerra; aquélla habría podido producirse aún sin ésta. Y que no hay entre ambas relación de causa y efecto, puede advertirse fácilmente con la simple observación de los hechos. La revolución, con la que se pretende enaltecer la guerra, sólo ha estallado en Rusia; pero si fuera de verdad el fruto fecundo de la guerra, la revolución se habría abarcado a Europa y a gran parte del resto del mundo, que también hallase envuelto en las llamas de la gran contienda.

La destrucción del vetusto régimen zarista — gigantesco pulpo que aprisionaba con sus tentáculos a más de cien millones de seres humanos y que proyectaba su bárbaro dominio sobre una inmensa área del globo terráqueo — es título más que suficiente para que la revolución rusa sea eternamente recordada al reconocimiento del género humano. El régimen zarista era un peligro permanente para la humanidad, aparte de ser una fuente de sufrimientos para los rusos. Por ello es que quienes lo han derribado han dignificado ese pueblo y hanse conquistado la simpatía de todos los hombres amantes de la libertad.

Pero esa revolución de grandeza, sin igual por lo que ha destruido, es todavía más grande y excelente por lo que se la contempla en su fase creadora. La revolución rusa en su ulterior desarrollo, al tomar el carácter proletario y socialista, ha nacido más importante y de una trascendencia única. Sus esfuerzos, desde ese instante, tuvieron como meta la meta ideal de la humanidad: la emancipación proletaria, que consiste, según la expresión de uno de sus más ilustres teóricos, en la substitución del reino de los hombres por el reino de la libertad. Y es este carácter especial de revolución obrera inspirada en los grandes principios de la humanidad, que el mundo proletario se apresura a celebrar, y lo que explica el por qué representantes auténticos de los trabajadores de todos los países, enarman júbilos hacia Moscú, la Jerusalén del mundo del trabajo y de la libertad.

La Unión Sindical Argentina ha adherido — como era lógico y justo — al homenaje que se prepara. Representantes directos de la misma hanse encajado en la Rusia, y al para retomar al proletariado de este vasto país la admiración y la solidaridad de los trabajadores argentinos.

La U. S. A., como parte integrante del sindicalismo mundial, ha tenido serios motivos para disentir con el doctrinarianismo de los dirigentes del Soviet. Lo que le concierne a la orientación de la clase obrera. Pero, ni la U. S. A. ni las demás centrales obreras, hanse jamás opuesto a la revolución rusa. Y de ahí que se haya aprovechado esta oportunidad ofrecida por el Soviet para testimoniar con una vez más la simpatía profunda que esa revolución suscitó en todos los pechos proletarios.

La U. S. A. — continuando en cierto modo la orientación de la F. O. R. — a nunca combatido la revolución soviética. Combatido, es por los bolcheviques desde el seno de la Tercera Internacional y de la Internacional Sindical Roja, que miento obrero y socialista a la dirección dictatorial única y a convertir a los sindicatos en meros instrumentos de los partidos políticos.

El sindicalismo ha rechazado ese papel de subordinación. Los sindicatos hoy tienen conciencia de su fuerza y de su porvenir. Y de ahí que no se limitan como en el tiempo de Marx (1865) a una guerra de resistencia contra los explotadores del régimen existente, sino que tratan — siguiendo su consejo — de utilizar sus fuerzas organizadas co-

mo una palanca para liberar definitivamente a la clase obrera, aboliendo el asalarido.

Siendo tan noble y elevada la aspiración del proletariado sindicalmente organizado, se comprende sin esfuerzo que no haya podido aceptar la situación de inferioridad a la que el doctrinarianismo bolchevique intentó relegarlo. Los sindicatos aspiran a la conquista del mundo, a la instauración de un régimen superior de más libertad y de mayor justicia, lo que ha de ser el imperio — puesto que ni siquiera es concebible — de la justicia, a la vez de espontánea y de libre y espontánea — la obra obrera. Hacer del sindicalismo un movimiento sectario y heterodoxo, es lo mismo que querer.

El movimiento sindical es tanto más revolucionario y de más seguro porvenir cuanto más espontáneo sea su desenvolvimiento. La revolución proletaria, que es su justa (hecho que no hay que perder de vista), es un problema de fuerza y no de paciencia.

Si abandonar las reservas que en todas partes han suscitado las tesis tácticas del bolchevismo, el movimiento sindical se asocia a la conmemoración de la primera década de la revolución soviética. Y si en el sucesivo los gobernantes rusos proceden con la misma amplitud de criterio que han mostrado en esta circunstancia, en que han invitado a todas las instituciones obreras sin distinción ni exclusión alguna, hay que decir que se inició una nueva era de concordia y de armoniosa colaboración entre la Rusia Soviética y el proletariado mundial, esa concordia — si como anhelamos — se vea en beneficio tanto al Soviet como al sindicalismo.

La disparidad de apreciaciones entre los dirigentes del movimiento soviético y los del movimiento sindical internacional, ha sido de las más nefastas consecuencias; ha sembrado confusiones y el caos en la familia obrera en detrimento de los ideales comunes. Durante la contienda fratricida, se olvidó que entre los intereses de los proletarios de los sindicatos y los soviets eran más los puntos de convergencia que de discordia; que todo debía unirse, que todo debía ser una sola fuerza, que todo debía ser una sola aspiración.

Empero, las cosas no pasaron así. A juzgar por la fuerza que expresaron en sus primeros días, los revolucionarios rusos la revolución proletaria la tenía valor si se verificaba de conformidad a su propia política de independencia y de libertad, en la categoría de dogma sagrado e intangible. Y de ahí ese afán infructuoso y estéril de crear en todas partes, por medio de la propaganda, los dos sobre el molde ruso. Los resultados, totalmente adversos a los propósitos de sus iniciadores, han venido a demostrar la absoluta inutilidad del error de esa concepción. Y ha de ser por la comprobación de la experiencia de la realidad de sus esfuerzos y sacrificios, que los soviets cambian de conducta con respecto al movimiento obrero internacional, y que el mundo proletario se apresura a celebrar, y lo que explica el por qué representantes auténticos de los trabajadores de todos los países, enarman júbilos hacia Moscú, la Jerusalén del mundo del trabajo y de la libertad.

La Unión Sindical Argentina ha adherido — como era lógico y justo — al homenaje que se prepara. Representantes directos de la misma hanse encajado en la Rusia, y al para retomar al proletariado de este vasto país la admiración y la solidaridad de los trabajadores argentinos.

La U. S. A., como parte integrante del sindicalismo mundial, ha tenido serios motivos para disentir con el doctrinarianismo de los dirigentes del Soviet. Lo que le concierne a la orientación de la clase obrera. Pero, ni la U. S. A. ni las demás centrales obreras, hanse jamás opuesto a la revolución rusa. Y de ahí que se haya aprovechado esta oportunidad ofrecida por el Soviet para testimoniar con una vez más la simpatía profunda que esa revolución suscitó en todos los pechos proletarios.

La U. S. A. — continuando en cierto modo la orientación de la F. O. R. — a nunca combatido la revolución soviética. Combatido, es por los bolcheviques desde el seno de la Tercera Internacional y de la Internacional Sindical Roja, que miento obrero y socialista a la dirección dictatorial única y a convertir a los sindicatos en meros instrumentos de los partidos políticos.

mo una palanca para liberar definitivamente a la clase obrera, aboliendo el asalarido.

Siendo tan noble y elevada la aspiración del proletariado sindicalmente organizado, se comprende sin esfuerzo que no haya podido aceptar la situación de inferioridad a la que el doctrinarianismo bolchevique intentó relegarlo. Los sindicatos aspiran a la conquista del mundo, a la instauración de un régimen superior de más libertad y de mayor justicia, lo que ha de ser el imperio — puesto que ni siquiera es concebible — de la justicia, a la vez de espontánea y de libre y espontánea — la obra obrera. Hacer del sindicalismo un movimiento sectario y heterodoxo, es lo mismo que querer.

El movimiento sindical es tanto más revolucionario y de más seguro porvenir cuanto más espontáneo sea su desenvolvimiento. La revolución proletaria, que es su justa (hecho que no hay que perder de vista), es un problema de fuerza y no de paciencia.

Si abandonar las reservas que en todas partes han suscitado las tesis tácticas del bolchevismo, el movimiento sindical se asocia a la conmemoración de la primera década de la revolución soviética. Y si en el sucesivo los gobernantes rusos proceden con la misma amplitud de criterio que han mostrado en esta circunstancia, en que han invitado a todas las instituciones obreras sin distinción ni exclusión alguna, hay que decir que se inició una nueva era de concordia y de armoniosa colaboración entre la Rusia Soviética y el proletariado mundial, esa concordia — si como anhelamos — se vea en beneficio tanto al Soviet como al sindicalismo.

La disparidad de apreciaciones entre los dirigentes del movimiento soviético y los del movimiento sindical internacional, ha sido de las más nefastas consecuencias; ha sembrado confusiones y el caos en la familia obrera en detrimento de los ideales comunes. Durante la contienda fratricida, se olvidó que entre los intereses de los proletarios de los sindicatos y los soviets eran más los puntos de convergencia que de discordia; que todo debía unirse, que todo debía ser una sola fuerza, que todo debía ser una sola aspiración.

Empero, las cosas no pasaron así. A juzgar por la fuerza que expresaron en sus primeros días, los revolucionarios rusos la revolución proletaria la tenía valor si se verificaba de conformidad a su propia política de independencia y de libertad, en la categoría de dogma sagrado e intangible. Y de ahí ese afán infructuoso y estéril de crear en todas partes, por medio de la propaganda, los dos sobre el molde ruso. Los resultados, totalmente adversos a los propósitos de sus iniciadores, han venido a demostrar la absoluta inutilidad del error de esa concepción. Y ha de ser por la comprobación de la experiencia de la realidad de sus esfuerzos y sacrificios, que los soviets cambian de conducta con respecto al movimiento obrero internacional, y que el mundo proletario se apresura a celebrar, y lo que explica el por qué representantes auténticos de los trabajadores de todos los países, enarman júbilos hacia Moscú, la Jerusalén del mundo del trabajo y de la libertad.

La Unión Sindical Argentina ha adherido — como era lógico y justo — al homenaje que se prepara. Representantes directos de la misma hanse encajado en la Rusia, y al para retomar al proletariado de este vasto país la admiración y la solidaridad de los trabajadores argentinos.

La U. S. A., como parte integrante del sindicalismo mundial, ha tenido serios motivos para disentir con el doctrinarianismo de los dirigentes del Soviet. Lo que le concierne a la orientación de la clase obrera. Pero, ni la U. S. A. ni las demás centrales obreras, hanse jamás opuesto a la revolución rusa. Y de ahí que se haya aprovechado esta oportunidad ofrecida por el Soviet para testimoniar con una vez más la simpatía profunda que esa revolución suscitó en todos los pechos proletarios.

La U. S. A. — continuando en cierto modo la orientación de la F. O. R. — a nunca combatido la revolución soviética. Combatido, es por los bolcheviques desde el seno de la Tercera Internacional y de la Internacional Sindical Roja, que miento obrero y socialista a la dirección dictatorial única y a convertir a los sindicatos en meros instrumentos de los partidos políticos.

EXISTIR CON LEY O SIN LEY

Pero conviene existir con ley

En un artículo extremadamente dogmático, al que va mezclada una buena porción de malevolencia, el compañero A. B. P., de Campana, opina en el número anterior de BANDERA PROLETARIA, sobre el reconocimiento legal de los sindicatos obreros y sobre los hombres que se han manifestado de acuerdo con el mismo.

El compañero A. B. P. no ha alcanzado a comprender lo que significa ese reconocimiento, ni comprende, tampoco, el sentimiento que mueve a los camaradas que no ven en él un peligro y lo consideran, por el contrario, muy conveniente para el desarrollo de la organización obrera. No alcanza a comprender aquél, puesto que lo confunde con "personería jurídica", y no comprende a éstos, ya que les supone intenciones que también éstos podrían suponerle a él, pues colocados en el terreno de las suposiciones todo es posible, y mientras el camarada A. B. P. se vea en un verdadero apuro si se le pide una demostración del porqué el reconocimiento legal de los sindicatos favorece el acomodo burocrático, para demostrar que sin ese reconocimiento también es posible no tendríamos nosotros más que citar, entre otros muchos que existen, un caso que, de tratarse de un organismo reconocido legalmente, sería para el compañero a quien contestamos, un ejemplo preciso. Nos referimos a "La Protesta".

Es lamentable que el camarada A. B. P. no conozca el asunto que quiere discutir; si lo conociese, para combatir no tendría necesidad de combatir a la persona jurídica, pues ésta no es aquélla y los que defendemos éste no estamos de acuerdo con aquélla y la hemos combatido y la seguimos combatiendo. Ambas cosas se diferencian profundamente, como vamos a demostrar ahora.

La personería jurídica no es el reconocimiento de la organización obrera, como tal, sino como sociedad civil o como sociedad anónima. Al legislar sobre ella no se ha tenido en cuenta para nada a los sindicatos, viéndose éstos, por consecuencia, cuando se les obliga a aceptar condiciones humillantes y una fiscalización que repugna. El sindicato que la adopta se coloca en el mismo plano que están colocados, por ejemplo, la Bolsa de Comercio, la Sociedad Rural o el Jockey Club, dándoles intervención en sus asuntos a las mismas autoridades que intervienen en los de esas instituciones. Siendo una sociedad de este índole, el sindicato, al aceptar la ley, debe comprobar su patriotismo social, haciendo un donativo a la orden conjunta de sus autoridades locales y del ministro de Justicia e Instrucción Pública y obtenida ya la personería, se ve obligado a aceptar el control de la Inspección de Justicia en su contabilidad y en sus asambleas, debiendo celebrarse éstas con las mismas formalidades que las que realiza una sociedad comercial. La Inspección de Justicia puede intervenir la institución y convocar por sí misma asambleas.

El reconocimiento que se discute y que defendía el camarada Pallas, no es el reconocimiento de la organización obrera como sociedad civil, sino como organización obrera. Es el Estado que reconoce que al margen de su Derecho existe otro Derecho. Es la democracia burguesa que, después de proclamar la inexistencia de clases, se ve obligada a reconocer la organización de una sola clase. Es el Parlamento obligado al fin, por la elocuencia de los hechos, a declarar como asociaciones de "bien público" a las mismas que había en un principio considerado casi como de bandoleros y contra las cuales sancionó las leyes de "Residencia" y de "Defensa Social". Con ese reconocimiento legal, la organización sindical, no abdica de ninguno de sus principios que ha defendido,

Los marítimos están resueltos a no perder tiempo en polémicas

Sólo desean que la Confraternidad no aliente a los elementos disolventes del gremio

El compañero Francisco García, secretario del consejo de relaciones, en contestación a la última nota de la Confraternidad Ferroviaria, institución que parece haber tomado a lo serio el papel de memoria, le ha enviado la siguiente nota, que, por cierto, es bastante clara y categórica.

Por la presente cumples informarle que el consejo de relaciones marítimo, en su reunión de hoy, al tomar en consideración la nota, ha resuelto expresar a los compañeros de la junta central de la Confraternidad Ferroviaria, que la nota que contestamos no agrega nada nuevo al asunto en debate, por cuanto en la misma no se hace otra cosa que reditar los mismos conceptos ya expresados en el memorial de fecha 22 de septiembre ppdo.

Teniendo en cuenta que este consejo ha sido lo suficientemente claro y explícito cuando oportunamente contestó el memorial que mencionamos, no tenemos nada que agregar a lo que ya hemos expuesto.

Firmemente resueltos a no perder el tiempo en polémicas que nada práctico condujeran, sólo desearíamos dejar claramente establecido que los trabajadores marítimos reivindican para sí el derecho de darse el sistema de organización que, de acuerdo a su conciencia, mejor convenga a sus intereses y al medio en que desarrollan sus actividades, en la misma forma en que han procedido los compañeros ferroviarios.

Agradecemos, una vez más, la colaboración que han ofrecido para contribuir a la reconstrucción de nuestra organización, pero resueltos de las reservas que oponen los compañeros de la junta central, para intervenir en la labor en que nos hallamos empeñados, no pretendemos contar con esa colaboración si ella no es espontánea y exenta de imposiciones que por las razones que ya hemos expuesto no podemos aceptar.

En cambio, el consejo de relaciones marítimo, seguro de interpretar la voluntad de los sindicatos que lo constituyen, se hace un deber de exigir a los compañeros de la junta central de la Confraternidad Ferroviaria, y por su intermedio, a todos los trabajadores ferroviarios organizados, que si encuentran dificultades para intervenir en cooperar en la reconstrucción de nuestros sindicatos, observen por lo menos una actitud neutral, no prestándose a fomentar la división de nuestro gremio, alentando a elementos que voluntariamente, aduciendo pretextos pueriles, se han colocado al margen de la organización sin ninguna razón que lo justifique.

Hemos expresado lealmente nuestro punto de vista y confiamos que seremos fielmente interpretados, a objeto de llegar a materializar en época no lejana la vinculación solidaria que reuna a los trabajadores ferroviarios y marítimos en una poderosa unión de los trabajadores del transporte.

Sin otro particular, nos es grato saludar cordialmente al compañero presidente, y por su intermedio, a los compañeros de la junta central.

no se somete a la fiscalización de nadie, no acepta ninguna imposición, salvo que, como tal, se considere la de mandar anualmente al Departamento Nacional del Trabajo una copia de su Memoria y Balance. En una palabra, el reconocimiento legal no disminuye en nada el poder actual de la organización, que se basa en la propia fuerza, ni la impide seguir luchando como hasta ahora, con los mismos métodos y empleando los mismos procedimientos, y le agrega a esa capacidad que ya tiene, la capacidad que permitiría, pongamos por caso, que la U. S. A., si pudiese adquirir una imprenta, fuese legalmente propietaria de ella, en lugar de ponerla a nombre de tres o cuatro compañeros, que podrían ser honradísimos, pero que también pudieran resultar en extremo sinvergüenzas.

Podríamos, indudablemente, seguir argumentando en favor del reconocimiento legal de los sindicatos; pero lo que pretendíamos al comenzar a escribir este artículo, era contestar al compañero A. B. P., cosa que resulta imposible, puesto que el compañero A. B. P. no conoce el asunto que pretendía discutir. Nos limitamos, por eso, a dejar establecida la diferencia existente entre "personería jurídica" y el reconocimiento legal de los sindicatos, y a negar que este favorezca el acomodo burocrático. Pero si el camarada A. B. P., después de interiorizarse de la cuestión, quiere seguir discutiendo, no hay ningún inconveniente por parte nuestra, pues nos resultará tan fácil demostrar lo provechoso de ese reconocimiento de los sindicatos por parte del Estado, como establecer el valor moral del reconocimiento de éstos por parte del patronato, al cual nunca hemos dejado los obreros de reclamando en todos nuestros pliegos de condiciones. Y siempre fue esa, por cierto, la imposición más resistida.

Vicente Pedreira.

Resurgimiento de la F. O. M.

Los hombres que hemos visto y vivido la vida trágica de la vieja Argentina F. O. M. cuyo organismo se hizo a la luz de la

empresas navieras y puso en juego muchas oportunidades al mismo gobierno de la Nación, hemos visto con mucho dolor su declinamiento. Pero, como a la vez hemos visto con gran alegría que vuelven de nuevo los hombres del mar, para darle a la organización de los marítimos un organismo de esas que los defendió en todo momento, y en toda hora, todas sus actividades.

A ellos tenemos el deber moral y material de ayudarlos en su gradación, comprensión de reorganización sindical. El cuerpo Central de la U. S. A., la U. O. L., todos los trabajadores en general, debemos interesarlos en hacer resurgir la potencialidad de la organización marítima que será el eje de las reivindicaciones proletarias, como lo fue cuando se erguía por ténate frente al enemigo.

Entonces, compañeros todos a trabajar por el resurgimiento de la F. O. M.

CONTRA EL REFORMISMO SINDICAL

He leído, no sin cierto pesar en las columnas de "Bandera Proletaria", algunos artículos referentes a la Personería Jurídica de los Sindicatos Obreros, suscritos por Juan Pallas.

Hace tiempo que de este compañero a quien conozco a través de su obra en la ex F. O. R. M. tenía el concepto de que era uno de los más reformistas que deambulaban por el movimiento obrero; pero, francamente, nunca pensé que llegara al extremo de convertirse en un fervoroso lealtario.

¿Donde ha quedado ese sindicalismo no refractario a todas las fórmulas legales que el cirujano integradamente sus esperanzas de redención en los trabajadores organizados? Venirse con eso a defender la personería jurídica en estos momentos en que la burguesía se encuentra en sus postimerías y lucha desesperadamente por mantenerse en sus posiciones. ¿Que beneficios puede reportar al movimiento obrero una ley que tiende a trabar la libre acción de los trabajadores, convirtiéndolos en simples domésticos del capital.

Puede el compañero Pallas recibir esos empujones reformistas por la vía que nos logra que el movimiento proletario de este país sea la huella de la traición Federación Americana del Trabajo que parece constituir su obra ideal.

LIBORIO GIEDA

